



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

PQ 6567
55
95

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. "ALFONSO DEYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

ISABEL PRIMERA

(LA CATÓLICA)

REINA DE CASTILLA Y DE LEÓN

I

Difícil, muy difícil es levantar con mano segura el velo de los siglos, cuando éste envuelve una figura tan grande y augusta como la de Isabel I de Castilla.

El nombre heroico de esta reina, llena aún los ámbitos del viejo mundo, llena con los ecos de su gloria el mundo de Colon y vivirá tanto como las humanas generaciones; que la virtud, el valor, la prudencia, la generosidad, la pureza de una vida sin mancha, brillaron en esta soberana modelo, como otras tantas prendas naturales, en una época en que las pasiones más furiosas, asolaban las tierras que le otorgó la voluntad del cielo, para que fuera el iris de tan deshecha tormenta.

No eran, en verdad, hereditarias las sorprendentes dotes que la adornaron, como mujer y como reina; su padre fué aquel débil monarca, a quien el ambicioso favorito D. Álvaro de Luna

dominó de una manera tan vergonzosa; aquel hombre egoísta, indiferente, helado, y a la vez cruel, como todas las personas sin corazón; aquel rey que nada hizo por el bien de sus pueblos, y que, por el contrario, no quiso ver las vejaciones monstruosas que les imponía el Condestable Don Álvaro de Luna, que expió al fin su ambición sobre el cadalso.

Don Juan II se llamó el padre de Isabel, y nunca Castilla se ha visto peor gobernada, más afligida, más esquilmada y pobre, que durante su dominación.

Don Juan casó muy joven con la Infanta Doña María de Aragón, princesa bella y virtuosa, que se resignó con su suerte, pero que jamás pudo amarle; ella merecía un esposo mejor, y murió, según se cree, envenenada, dejándole un hijo de triste memoria, a quien llamaron *Enrique el Impotente*; las infantas Doña Catalina y Doña Leonor, hijas también de Doña María, murieron niñas.

Don Juan no sintió absolutamente nada la muerte de aquella buena esposa; verdad es que alguna vez, en vida de María, había oído hablar de una princesa de Francia llamada Radegunda, cuya belleza era admirable, y, en medio de su indiferencia por todo, había deseado estar casado con ella; así fué que, cuando se vió viudo, y aun antes de que se enterrara el cuerpo de la reina, se dijo:

—Ahora me casaré con Radegunda.

A pesar de su escaso talento, D. Juan II no se

atrevió a expresar desde luego su propósito al Condestable, que era su mano derecha y la cabeza que pensaba por él; guardó silencio durante algunos meses, al cabo de los cuales expuso tímidamente su deseo a su favorito.

—Eso es imposible, respondió con aspereza Don Álvaro; no penséis en ello, señor.

—¿Por qué? exclamó el rey; no pienso en otra cosa desde que murió la reina.

—Justamente hace el mismo tiempo que estoy yo tratando otra boda para V. A.

—¡Otra boda! gritó el rey, cuyo semblante se puso rojo de cólera.

—Sí, señor.

—Y, ¿con quién?

—Con Doña Isabel de Portugal.

—Con la menos bella de todas las princesas que se hallan en estado de casarse, murmuró el rey sordamente; ¡no esperéis que yo acceda a semejante cosa!

—Pues es indispensable hacerlo, señor.

—¿Qué escucho!

—Ya está acordada esa unión.

—Y yo os aseguro que no se llevará a cabo.

—Tendréis guerra con Portugal.

—La tendré; pero no tendré tal mujer.

—Ni a mí a vuestro lado.

El rey se inmutó.

—¿Que decís? preguntó; ¿os atreveríais a dejarme sólo en el peligro?

—Yo no puedo jugar el ridículo papel que me destináis; he concertado esa boda, que es la que más os conviene y conviene al reino; si no queréis cumplir la palabra que he empeñado por vos, me iré.

Don Juan quedó pensativo; luego se levantó, se metió en su dormitorio, y cerró la puerta.

—Se casará con Isabel, a quien yo dominaré también, se dijo D. Álvaro triunfante.

El desgraciado no sabía que había decretado su ruína, y que aquella boda debía llevarle al cadalso.

Esto pasaba a principios de Octubre; el día 5 llamó el rey a D. Álvaro y le dijo seca y friamente:

—Estoy pronto a casarme con la infanta de Portugal.

¡Oh, señor! exclamó el Condestable, queriendo besar la mano del monarca.

Pero este la retiró.

—Quiero, añadió, que el día 9 se firmen las capitulaciones.

Don Álvaro se inclinó y salió.

Las capitulaciones se firmaron en Evora el día prefijado por el rey.

Después de aquel paso decisivo, D. Juan cayó de nuevo en su desaliento y enojo anteriores; la sola vista del Condestable le incomodaba; pasaron los meses, y no se podía vencer a contraer aquel enlace que le repugnaba; en esta indecisión se acabó el año 1446, y empezó el siguiente.

La corte de Portugal empezaba a murmurar de

aquella incalificable tardanza; el Condestable se atrevió a hablar al rey del asunto, porque aquel hombre, se atrevía a todo: D. Juan respondió:

—Dejadme en paz; tengo dada mi palabra y mi firmeza, y no me volveré atrás.

Pero los meses pasaron y el rey nada decía; se le vió enflaquecer; por último, en el mes de Abril, le postró una grave enfermedad, producida por la violencia que se hacía, para llevar a cabo aquel casamiento.

Hacia fin de Julio empezó a levantarse, y ordenó al fin, que se dispusieran las bodas en Madrigal para el mes siguiente, en que quería casarse.

¡Extraña debilidad! Aquel hombre no se atrevía a sacudir el terrible yugo que le oprimía; iba a casarse sin amor, con repugnancia, sólo para cumplir los deseos de su favorito.

Sin embargo, en el pecho del rey de Castilla se aposentaba una fiera tempestad, que únicamente esperaba el momento de estallar, y cuya explosión debía aniquilar al Condestable.

El rey fué a esperar a Madrigal a la infanta Isabel, y allí se celebró la boda.

Don Juan, al ver a la princesa, quedó agradablemente sorprendido; si ésta no era muy bella, era a lo menos linda; sus ojos negros, rasgados y hermosos, no permitían reparar en que su boca era grande y sus labios gruesos; era de regular estatura y delgada; su tez, blanca, estaba levemente sonrosada, y sus cabellos, de un hermoso color

castaño claro, guarnecían su frente de una manera espléndida; además, la infanta no había cumplido aún diez y ocho años, y en todas sus facciones, resplandecía la gracia incomparable de una inocencia casta, y de un alma angelical.

Si al rey no le pareció mal su esposa, a ésta le pareció el rey el hombre de más bella presencia que había conocido; y, en efecto, D. Juan II tenía en su persona muchos más atractivos que en su alma: su barba, cejas y cabellos de un castaño oscuro, sus hermosos y grandes ojos negros, su aventajada estatura, y la expresión de tristeza que imprimía a sus facciones la dominación del Condestable, le hacían en extremo interesante: además, cantaba, danzaba, hacía trovas, justaba y cazaba: todas estas habilidades se miraban en el monarca como gracias, y lo eran, a los ojos de Isabel: la edad del rey, al casarse, era la de cuarenta y dos años.

Su hijo, el infante D. Enrique, único que le quedaba de su primera esposa, contaba cerca de veintidos.

Doña Isabel venía, con su padre el infante de Portugal, en una carroza dorada, de gala, y rodeada de caballeros portugueses; las damas de su servicio ocupaban otras carrozas detrás de la suya; el rey salió con su hijo en otra carroza igualmente de gala, rodeado y escoltado por la nobleza del reino; ambas comitivas se hallaron a poca distancia de Madrigal.

El infante de Portugal y su hija, echaron pie a tierra al ver al rey, y éste hizo lo mismo. Isabel quiso besar la mano de D. Juan II, pero el rey le abrió los brazos, y la besó en la frente.

Una hora después se celebró el casamiento, y la infanta portuguesa demostró durante toda la ceremonia (que tuvo lugar en el oratorio de palacio) el semblante más risueño; al dar el sí que la enlazaba para siempre con el rey de Castilla, brilló en sus bellos ojos un rayo de dicha suprema: pero, al volver la cabeza hacia su derecha, palideció, y una nube de terror pasó por sus ojos: fija en ella, vió la torva mirada del infante D. Enrique, que la contemplaba con una expresión de odio profundo, terrible y concentrado.

La natural dignidad, modesta vida y noble carácter de Doña Isabel, la hicieron muy pronto amada de sus pueblos; el mismo D. Enrique, hijo de su esposo, que estaba dotado de un carácter discolo, ambicioso y arisco, rindió homenaje a sus virtudes, y si bien jamás le manifestó cariño, a lo menos la respetó, y la trató con las consideraciones debidas a su alto rango y relevantes prendas.

Las costumbres de la reina eran muy modestas; cosía, bordaba con sus damas, visitaba a los pobres y vivía en el retiro compatible con su elevada condición; su esposo admiraba su prudencia, su bondad, y la firmeza de su carácter; y hallándose cada día más agobiado por el profundo disgusto que le causaba la dominación del Condestable, se decidió a pedir a su esposa parecer acerca de los medios que podría emplear para sacudir aquel yugo.

Grande era la desavenencia que existía entre la reina y D. Álvaro de Luna: éste había pensado dominarla, como al rey; pero bien pronto se conven-

ció de que era materialmente imposible conseguirlo, y de que la reina era indomitable para él.

Tanto como había hallado siempre débil a Don Juan, hallaba firme y helada a Doña Isabel, que apenas contestaba a sus lisonjas e insinuantes discursos.

Acaso fué por esta profunda antipatía de la reina al Condestable, por lo que su esposo se fué ape- gando a ella más cada día, pues la influencia y el poder de D. Álvaro se extendían a todos los que le rodeaban, y todos, menos Doña Isabel, eran siervos humildes del favorito.

Un día, hallándose los reyes en Madrid, al salir para oír misa, el Condestable presentó a la reina un ramo de flores: ésta no pudo menos de aceptarlo, pero se volvió y lo dió a una de sus damas.

—Para vos; le dijo en voz bastante alta para que la oyeran todos los presentes.

—¡No es este, por cierto, el pago que merece quien ha elevado a esta princesa orgullosa al tro- no de Castilla! dijo el Condestable sordamente y con una increíble insolencia.

Isabel le envió una mirada despreciativa y guar- dó silencio.

Aquella misma tarde la reina pidió al rey una conversación a solas.

—Señor, le dijo, vos no sois rey más que de de- recho; de hecho lo es el Condestable: él manda y gobierna; él agobia a los pueblos con bárbaros im- puestos, reparte las dignidades y los altos destinos

del reino, castiga a los que no le obedecen, y pre- mia a sus parciales; todos los que piensan con rec- titud le aborrecen, y vos debéis arrojarle de vues- tro lado.

—¿Pero cómo hacerlo? exclamó el rey.

—¿Cómo hacerlo? ¡Desterrándole! ¿Acaso un monarca debe preguntar jamás lo que debe hacer con los rebeldes que desconocen su autoridad?

El rey quedó pensativo y callado.

—Ved mi parecer, dijo Isabel conociendo que ella debía tomar la iniciativa; el Condestable se halla en Burgos; nos iremos a Valladolid y allí os diré de qué modo habéis de disponer su prisión, y podéis apoderaros de todos sus bienes y riquezas.

En efecto, al día siguiente los reyes salieron para Valladolid; no bien llegados allí, la reina tu- vo otra conferencia secreta con su esposo, y le dijo:

—¿Teneis, señor, confianza en mí?

—Absoluta, respondió D. Juan.

—Dadme, pues, una orden firmada, para que dirija el arduo negocio que nos ocupa D. Pedro de Estúñiga, Conde de Plasencia.

—¡Gran Dios, exclamó el rey, ese es el más en- carnizado enemigo del Condestable!

—Por eso llevará a feliz y seguro término el asunto de su perdición; es preciso hacer un esca- rmiento con D. Álvaro: vos señor, os iréis a Bur- gos y os aposentareis en el alcázar; el Condestable irá allí también, y allí le prenderán.

En efecto: una mañana, apenas rayaba el alba,

fué cercada la casa del Condestable; las gentes del Conde de Plasencia hicieron preso a D. Álvaro, después de una obstinada resistencia de sus criados y parciales; sacáronle de su casa, se registraron sus habitaciones, y se encontró dinero y alhajas en cantidades fabulosas; el rey, a quien se avisó, fué en persona y se hizo cargo de aquellos caudales, como suyos.

Pronto se instruyó el proceso del desgraciado favorito; se le declaró malversador de las rentas reales y traidor al Estado, y se le condenó a ser degollado en la plaza Mayor de Valladolid, disponiendo que se pusiera su cabeza en la parte más alta del cadalso, para escarmiento de sus iguales.

Hemos seguido a la ligera la caída de aquel ambicioso privado para dar a conocer la firmeza del carácter de Isabel de Portugal, digna madre de Isabel I, la esclarecida heroína de esta leyenda.

No era, por cierto, un corazón duro y feroz lo que movió a la reina a llevar tan lejos su aversión al favorito de su esposo; era que ya tenía entonces a su hija primogénita, que contaba dos años, y a su segundo hijo Alfonso, de tres meses de edad. Isabel temblaba por aquellos inocentes, pues veía que el reino iba quedando esquilado, que los descontentos crecían, y que se levantaban banderas por D. Enrique, hijo del primer matrimonio de D. Juan, para quitar al padre una corona que no sabía llevar, y que casi abandonaba en manos de su privado.

Don Álvaro pereció al fin ignominiosamente, y fué enterrado de limosna, habiendo sido mucho más rico que el rey.

La misma princesa, a quien él colocó en el trono contra la voluntad de su señor, fué la que le precipitó del poder, y le condujo al cadalso: ¿quién puede penetrar los juicios de la Providencia? ¡Sólo su mano sabia tiene reunidos los hilos que sostienen el porvenir de las naciones, y los destinos humanos!

¿Cómo pasar por el lado de la imponente figura de D. Álvaro de Luna, sin retratarla, y no a grandes rasgos, sino con el mayor detenimiento?

Imposible nos parece, y vamos a procurar bosquejar siquiera a este célebre personaje, cuya elevación fué el asombro y el escándalo de las naciones; cuya caída resonó en todo el mundo.

Fué hijo D. Álvaro de Luna de un caballero del mismo nombre y apellido, señor de Cañete y de Jubera, que se hallaba casado con una bella y virtuosa dama, cuyo nombre era Doña Teresa de Mendoza; sin embargo, el pequeño Pedro (que este nombre recibió en el bautismo) no salió del casto seno de Doña Teresa, sino del impuro de una aventurera llamada María, que habitaba con general escándalo, en el pueblo de Cañete.

María, bastarda también, tomó por apellido el nombre del pueblo de que era señor su amante, y donde ambos vivían.

Conócese, pues, a la madre del famoso Condes-

table, por el nombre de María Cañete, que es el mismo que de ella conserva la historia.

Doña Teresa sabía el trato ilícito de su esposo con aquella mujer, aunque ignoraba hasta donde llegaban las consecuencias de su intimidad; pero en una fría tarde de invierno, y cuando volvía de la iglesia, cubierta con su manto, se le acercó una mujer y le dijo en tono seco y osado:

—Os tengo que hablar, señora.

—¿Qué queréis? preguntó Doña Teresa, que conocía poco a María Cañete, cuyas facciones no podían además, distinguirse a la luz incierta del crepúsculo, ¿necesitáis algún socorro?

Y Doña Teresa echó mano a su escarcela.

—Necesito socorro, observó la cortesana; pero no de dinero; le necesito mayor.

—Hablad, repuso Doña Teresa con gravedad, y si no queréis hacerlo aquí, vamos a mi casa.

—Vamos allá, dijo la aventurera, que María Cañete no se amedrenta por tan poca cosa.

—¿Qué? exclamó Doña Teresa deteniéndose, ¿sois María Cañete?

—La misma.

—Hablad aquí entonces, dijo la dama con entereza; vos no podéis pisar mi morada.

—¿Por qué? preguntó María con descaro.

—Porque yo no lo quiero; o decid aquí lo que tengáis que decirme, o abridme paso.

—Pues bien, señora; quiero que sepáis que tengo un hijo de vuestro esposo.

Doña Teresa, al oír semejante revelación, palideció de una manera cadavérica; quiso hablar, pero guardó silencio.

—Tengo un hijo de vuestro esposo, prosiguió María, soy pobre, y no le puedo criar.

—¿Y qué queréis?

—Que se lo lleve su padre, ¿hay algo más justo? ¿O querrán que yo cargue con el muchacho?

—¿No sabíais al dar oídos a mi esposo que era casado? preguntó Doña Teresa, ¿y no sabíais que un hombre casado, no puede llevar a la casa de su esposa a los hijos ilegítimos?

—¿Le pido yo que lleve el muchacho a casa de su mujer? respondió bruscamente María; sáquelo de mi lado, y llévelo donde quiera.

—¿Luego no queréis a vuestro hijo?

—No señora; sólo sirve para estorbo en mi casa.

—¡Pobre niño! dijo la compasiva dama; ¡vamos, idos, infeliz mujer! Yo haré que mi marido sea más humano; volved mañana a este sitio a buscar mi respuesta.

María siguió con la vista a Doña Teresa, que se alejaba, y murmuró:

—¿Qué hermosa es, qué dulce voz y qué respeto causa, sin embargo, el mirarla! ¿Cómo su marido pensará en mí, estando casado con esa mujer? ¡Dios la preserve de todo mal; que si alguno me ha de librar del chico, ella a de ser, y no su avaro y brutal marido, que me maltrata, porque me vé hablar con Mingo el labrador!

Aquella misma noche, Doña Teresa de Mendoza se hallaba sola con su marido; él, torvo y arisco como de costumbre, miraba la llama de un gran hogar; ella hilaba al torno, y de cuando en cuando alzaba la brillante mirada de sus bellos ojos hacia Don Álvaro.

Pero de ningun modo encontraba el medio de empezar la conversación, hasta que, viendo pasarse las horas, se atrevió a abordar el asunto que la preocupaba.

—Don Álvaro, dijo, esta tarde al volver de la iglesia, me ha detenido en la calle una mujer, que dice llamarse María Cañete.

El esposo saltó como si le hubiera picado una víbora.

—¿Por qué habláis a esa mujer? le preguntó con ceño.

—Yo no la hablé; fué ella quien me habló a mí, quiere que sepáis que su hijo y el vuestro la incomoda, y que os encarguéis de él.

Don Álvaro quedó mudo por algunos instantes y mirando a su mujer como asombrado; en el semblante de Doña Teresa no se leía una helada impasibilidad, sino una pena profunda, contenida por el yugo de la dignidad y del decoro.

—¿Y qué! exclamó su marido; ¿esa mujer se ha atrevido a hablaros así?

—Sí, señor.

—¿Y qué le habéis respondido?

—Que os participaría lo que me dijo.

—¿Pero yo qué he de hacer con ese muchacho?

—Traerlo a casa.

—¿Vos le admitiríais en ella? exclamó admirado Don Álvaro.

—Creo que, de tenerlo, no debéis dejarlo abandonado, y abandonado quedará, porque su madre no le quiere guardar.

—¡Su madre es una vil mujer! observó D. Álvaro.

—Lo que os obliga más a guardar al niño; conque, si no os oponéis, le diré que le traiga.

—¡Ah! ¡Sois un ángel, señora! exclamó el hidalgo besando las manos de su mujer; yo os ofrezco no volver a ver jamás a María Cañete.

—Y yo acepto esa promesa, dijo Doña Teresa, y os pido que la cumpláis; tal mujer, sólo sinsabores y pesadumbres puede daros.

—¡Si supierais cuántas me ha dado ya! ahora tiene por amante al labriego Mingo.

—Callad, D. Álvaro, interrumpió con dignidad Doña Teresa; no os pido que me digáis nada de eso, ni necesito saberlo; basta con que cumpláis como hombre honrado, encargándoos de ese niño.

La esposa, dichas estas palabras, volvió tranquila y modesta a su tarea.

Al día siguiente, envió a buscar al niño Pedro, a quien su padre reconoció, y dió su propio apellido.

IV.

Tal fué el origen del famoso Condestable de Castilla, que gobernó durante más de treinta años, no sólo este reino, sino a algunos otros de monarcas extranjeros que se regían por sus consejos.

Sigámosle en su larga y borrascosa carrera, no exenta tampoco de gloria, y a la que puso fin una muerte cristiana y ejemplar.

Su infancia puede asegurarse que se deslizó sin freno alguno. Doña Teresa, ocupada en los cuidados domésticos y cohartada además con el temor de que se la atribuyese antipatía hacia el niño, acogido por su caridad, no le corregía lo que debiera su altanería, su duro carácter y desmedido orgullo.

Su padre, indolente por naturaleza y poco apegado además a aquel hijo que no había deseado, ni que por él hubiera venido nunca al lado suyo, apenas le veía; así es que Pedro creció como un árbol joven y sin cultura, creciendo también en él todos los defectos con que había nacido.

Por fortuna suya, en 1408, su tío el Arzobispo de Toledo, primo de su padre, D. Pedro de Luna,

le llamó a su lado, cuando ya contaba catorce años de edad, librando así de un enorme peso y de un amargo cuidado a la buena Doña Teresa de Mendoza, que veía crecer hora por hora todas las faltas del muchacho, aumentando en gravedad y malicia.

Pedro, como aún se le llamaba entonces, tenía una bonita y gallarda figura; su tez trigueña era algo pálida, lo que unido a ser su nariz un tanto aguileña y su cabello y ojos negros, le daba un aspecto distinguido; era esbelto y alto para su edad, y se parecía más a su noble padre que a su madre, la desastrada y poco aprensiva María Cañete.

Su padre D. Álvaro le dió algún dinero, un golpecito en el hombro, y le dijo estas palabras:

—¡A ver si haces fortuna, buena alhaja! Aquí te hubieras vuelto viejo sin medrar, entre cuatro terrones; da gracias a mi primo el Arzobispo, por haberse acordado de tí, y cuida de sacar partido de tu posición.

Esta fué la bendición paternal.

—No olvides tus deberes de cristiano, mi querido Pedro, le dijo Doña Teresa; y sea cualquiera la situación en que te veas, piensa en Dios ante todo; en Dios, padre generoso y tierno de los mortales, y más tierno, cuanto son mayores las tribulaciones por que pasan.

Pedro montó en la mula que tenía aparejada; el criado que debía conducirle montó en otra, y haciendo el muchacho una última señal de despedida con la mano, partió con desenfado camino de Cas-

tilla, con el corazón, no lleno de pena por dejar a su padre y a su bienchora, sino henchido de alegría y de bellas esperanzas.

En cuanto a su madre María, ni la vió, ni ella supo su marcha, pues andaba aún, a pesar de no ser ya joven, entretenida con sus amores y sus devaneos.

Pedro llegó a Toledo, donde fué recibido por su tío con tantas muestras de satisfacción como podía dar aquel prelado ambicioso y turbulento.

—Eres un guapo muchacho, le dijo, y si quieres, harás fortuna: por de pronto, y supuesto que estás sin confirmar, te conferiré la confirmación, y te llamarás Álvaro, como tu padre: es un nombre que indica nobleza, y que me parece de mejor augurio que el que llevas, por más que le lleve yo también.

Pocos días después, Álvaro, vestido ya con lujo a costa de su tío el Arzobispo, fué con éste a la corte, aprovechando un viaje que tenía que hacer el prelado, que era muy amigo de D. Gómez Carrillo, ayo del rey D. Juan II, entonces de edad de diez años, y que gobernaba bajo la tutela de su madre Doña Catalina de Alencastre y del regente de Castilla, su tío D. Fernando.

Don Gómez Carrillo vió al sobrino del Arzobispo, y quedó prendado de su gallardía y despejo; pues aquel muchacho labriego y casi rústico había conocido, por una admirable intuición, que con la cortedad y la timidez no podría medrar.

Con una maravillosa flexibilidad de ingenio, adquirió casi adivinándolas, pues nada había visto, unas maneras agradables y graciosas: su sonrisa era insinuante, su mirada expresiva, y en su ancha frente resplandecía un talento poco común.

—¿Cómo te llamas? le preguntó D. Gómez Carrillo.

—Álvaro de Luna, señor, respondió con respeto el muchacho.

—Es un nombre noble y hermoso, y debes dar gracias a tu padre que te lo ha dado y te sacó de la oscuridad, a la cual te condenaba la humilde condición de tu madre.

—No debo a mi padre más que el ser y el apellido, señor, y aun éste, no me lo dió él por su propia voluntad.

—¿Quién podía, pues, obligarle a llevarte a su casa a no ser por su gusto?

—Obligarle, pienso que nadie; pero su esposa, que es una santa señora, abogó por mí, y alcanzó que me criase a su lado: en cuanto al nombre, es mi tío el Arzobispo quien me lo ha dado por ser el de mi padre; yo me llamaba Pedro.

—Está bien: eres listo y tu carácter, por lo que puedo juzgar, es perseverante y entero: mañana ven y te presentaré al rey, en cuya cámara entrarás de paje, si consigues agradarle.

—¿Qué deberé hacer para agradar al rey?—preguntó Álvaro a su tío, cuando ambos hubieron vuelto a su posada.

—Adularle mucho, respondió el prelado; la adulación es la llave del corazón de los reyes. Don Juan II sólo cuenta ahora diez años; rodeado de ancianos, anhelará ver a un muchacho que es casi de su edad, y es seguro que serás admitido como su paje; una vez a su lado, de tí depende el subir tanto como quieras, y para esto sólo una cosa te advierto: que halagues todos sus caprichos, que no le contradigas jamás.

Al día siguiente, el rey D. Juan, que gobernaba (a lo menos de derecho) desde los veinte y dos meses de su edad, recibió en su cámara al Arzobispo de Toledo y a su sobrino Álvaro: éste le habló con respeto, alabó cuanto el rey dijo, y se mostró tan amable y tan profundamente sagaz, que el ayo D. Gómez y el Arzobispo se miraban sin poder volver de su sorpresa.

Expuesta por D. Gómez la petición de que el rey admitiese en su cámara y como su paje al joven D. Álvaro, fué ésta concedida al instante con grandes muestras de gozo por parte del joven monarca, que prometió hablar de ello aquel mismo día a la reina su madre.

Doña Catalina, que sólo deseaba complacer a su hijo, convino gustosa en la admisión de Álvaro de Luna como paje del rey, y de esta suerte pudo poner el pie en palacio el que ya no había de perder su gran influencia, sino para ir a una prisión, muchos años después.

La reina viuda de Castilla, Doña Catalina de Alencastre, era una mujer débil, pero virtuosa; una cosa extraña se advirtió en ella, que habla a la vez en favor de su bondad, y de su honestidad y decoro; tuvo muchas favoritas, pero ningún favorito; las mujeres la dominaban: y a tanto llegó el ascendiente que sobre la reina tomó una dama llamada Inés de Torres, que el Consejo hubo de intervenir en esta privanza, y casi obligar a la reina a recluiría en un monasterio.

Si Doña Catalina estaba dominada por las damas, el rey, su hijo, lo estuvo de la manera más absoluta por su paje Álvaro de Luna, que se hizo dueño de su ánimo hasta un punto increíble.

Copiaremos el retrato que de este favorito, hace un autor ilustre:

«Pronto,—dice—se distinguió en la corte por su amable carácter y dotes personales; sabía cabalgar, manejar las armas, danzar y cantar mejor que todos los caballeros de la corte, y su inteligencia en la música y en la poesía le recomendaba

poderosamente a favor del monarca, que era muy aficionado, y llegó a presumir de entendido en ambas cosas».

¿Cómo aprendió D. Álvaro tantas gracias y habilidades con la descuidada educación que había tenido?

Sólo por la fuerza de una voluntad de hierro; sólo por sobresalir, por agradar al rey, por llegar al fin que su desmesurada ambición se había propuesto.

Es verdad que su tío el Arzobispo le buscó maestros que le instruyeron muy pronto; pero a esto ayudaron su rara inteligencia y su perseverancia a toda prueba.

El mismo historiador prosigue así:

«A estas brillantes prendas, juntó en breve Don Álvaro otras de especie más peligrosa; su amable trato le ganaba fácilmente la confianza de los demás, cuyas miradas e intenciones le permitía descubrir al paso que sabía él ocultar las suyas con profundo disimulo, y era tan audaz en la ejecución de sus ambiciosos designios, como prudente en prepararlos, e infatigable en los negocios: la reina madre, que sólo deseaba complacer a su hijo, hizo al naciente favorito su maestresala, y cuando en 1415 fué contratado el enlace de la infanta Doña María, hermana del rey, con el príncipe de Aragón D. Alfonso, vemos al joven Álvaro acompañar hasta Aragón a la infanta, con otros ilustres personajes, a la solemnidad de sus bodas: entonces se conoció el predominio que ejercía

ya en el ánimo del rey; pues éste, echándole de menos, le escribió para que fuera cuanto antes a reunirse con él a Valladolid: desde aquel momento, pudo preverse el futuro brillo de su estrella, y los cortesanos se afanaban ya por ganar su voluntad».

Esto sucedía cuando D. Álvaro de Luna no contaba más de veintiún años, y diez y siete el rey, que se hallaba ya casado con su primera esposa Doña María: a esta edad, era D. Álvaro de Luna el más gentil y arrogante joven de la corte, y puso los ojos en la hermosa y noble Doña Elvira de Portocarrero, cuya mano pidió y obtuvo, casándose con ella y siendo padrinos de las bodas los reyes, que le dieron, como regalo de las mismas, el Condado y señorío de San Esteban de Gormaz, la posesión completa del pueblo de Cadalso, y grandes rentas para su propiedad particular.

Era Elvira de Pontocarrero una joven dulce, bella, encantadora; su padre, D. Martín Fernández de Portocarrero, señor de Moguer, la había criado con tanto amor y ternura, que Elvira, así por la riqueza de sus trenes como por su belleza, sobresalía entre todas las jóvenes de la corte, como la rosa entre las demás flores; esta fué la razón que obligó a elegirla al soberbio D. Álvaro de Luna, quien, una vez contraída tan noble alianza, y elevado por las mercedes del rey, no conoció freno en su orgullo, y no tardó en crearse enemigos encarnizados.

34481

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

Rumores sordos empezaron a correr; se decía que D. Álvaro, sin respeto ni a su rey ni a Doña Elvira, su esposa, tan buena, tan hermosa y tan pura, perseguía con su amor a la reina Doña María, que era en extremo bella y agraciada, y tenía por su primera dama de honor, a la misma Elvira de Portocarrero.

Pero ni estos rumores consiguieron abrir los ojos del ciego monarca, a quien parecía haber hechizado D. Álvaro; lejos de eso, los despreció siempre, acaso por que la reina, dotada de una gran prudencia, nunca le confió las osadas persecuciones de que era objeto.

Muchos años pasaron; la reina Doña Catalina, que era la única persona que podía haber reprimido algún tanto las demasías del favorito, había muerto desde muy larga fecha; igualmente habían pasado a una vida mejor todos los parciales de la reina viuda, servidores encanecidos al derredor del trono; pero éstos habían transmitido a sus hijos el odio rencoroso que tenían a D. Álvaro, y en 1427 hicieron una liga todos los nobles, que no eran hechura de éste, y presentaron a las Cortes de Toro una petición dirigida al rey, que contenía los desfalcos de la casa real y los excesos de Don Álvaro de Luna.

El rey no pudo ya cerrar los ojos; nombráronse jueces árbitros para examinar el negocio, y se condenó al favorito a salir desterrado por espacio de año y medio.

Al día siguiente de notificarle la sentencia, salió para Ayllon, sin despedirse del rey, que no quiso recibirle; pero no salió como un reo de Estado, sino como un poderoso señor que va a visitar sus dominios y Estados, seguido de todos sus amigos y parciales y de un brillante equipaje.

El rey se había sometido a la decisión de los árbitros; pero desde que salió D. Álvaro de su corte, se le vió siempre ceñudo y contristado; no hablaba sino de él; le nombraba soñando, y muchas veces, que se quedaba mudo y pensativo, caía gradualmente en el delirio; llamaba a D. Alvaro y creía tenerle ante los ojos; así es que, aprovechando el favorito un perdón general que dió el rey por algunos desacatos habidos en Segovia, corrió de nuevo al lado del soberano, que se hallaba en Turégano.

Don Juan II le recibió con entrañable amor, le colmó de nuevas distinciones y riquezas y le hizo Condestable de Castilla.

¿De dónde procedía esta extraña y ferviente pasión del rey por su favorito?

Al juicio de los mejores historiadores, y según nuestro parecer, nacía de que el indolente Don Juan II odiaba los cuidados y el despacho de los negocios, y D. Álvaro, bien que gobernase a su gusto, los tomaba todos sobre sí, y por sí resolvía las más graves y arduas cuestiones, sin que éstas molestasen en lo más mínimo a D. Juan.

Para conservarse en la cumbre del favor, empe-